

Capítulo 1

El cielo había cobrado ese tinte gris oscuro que en el interior del estado de Nueva York el invierno trae consigo.

El Chevy todoterreno de segunda mano de Sally Montgomery avanzaba a duras penas por el estrecho camino cubierto de nieve que iba desde su casa hasta la próspera granja equina, casi dos kilómetros más abajo. Habría recorrido el camino a pie, como solía hacer, incluso a esa hora intempestiva de las seis y media de la madrugada. Todo el personal en su escuela infantil pensaba que estaba loca, ya que una mujer de cincuenta y dos años que decidía caminar casi cuatro kilómetros ida y vuelta antes del amanecer, tenía que estarlo.

Pero Sally estaba en plena forma, le fascinaba la naturaleza y la verdad es que caminar le despejaba la cabeza y la hacía sentirse viva.

Excepto en días como ése. En estos casos, incluso ella sabía dónde estaba el límite. Afuera hacía un frío polar, y enero había llegado con toda su virulencia. Temperaturas bajo cero, fuertes vientos y ni rastro de la luz del sol. Además, la noche anterior había vuelto a nevar, sólo unos cuantos centímetros, pero suficiente para que el camino que solía seguir se hubiera convertido en un desastre intransitable.

En el peor de los casos, caminar podía ser peligroso y, en el mejor, espantoso.

De modo que había llegado el momento de subir al todoterreno.

Con un giro del volante dobló a la izquierda y dejó atrás las puertas que marcaban la entrada a la propiedad privada de la granja de los Pierson. El camino estaba flanqueado por hileras de pinos, las luces de los faros a ratos brillaban sobre los carámbanos relucientes que colgaban de sus ramas, y de la nieve recién caída sobre doscientas hectáreas de tierra a ratos salían destellos. Era un paisaje sobrecogedoramente bello.

La casa y los edificios que la rodeaban eran aún más espectaculares.

La palabra casa era un eufemismo, pensó Sally, mientras dejaba atrás los campos cercados cubiertos por la nieve y se dirigía a los edificios de la propiedad de los Millbrook. En primer lugar, una casa de unos seiscientos metros cuadrados, cobijada por grandes cedros. Luego estaban las dependencias, el granero con sus establos, sus comederos y sus cobertizos para los arreos, los establos para el lavado, con calefacción, además de un enorme circuito de salto techado y otras dos pistas más pequeñas, también techadas. Era una propiedad magnífica, la granja de *warmbloods* más grande y de más complejo diseño del condado de Dutchess, con un circuito exterior iluminado, un picadero para adiestramiento y prácticas de salto, y otras instalaciones que incluían un estanque y un cenador dignos de una postal de Currier and Ives.

Cada vez que Sally veía aquel lugar quedaba impresionada.

Pero ésa no era la razón por la que le fascinaba venir.

Le fascinaba venir por los caballos. Puede que Edward Pierson hubiera amasado su fortuna en el negocio de la restauración, pero su verdadera pasión estaba en ese lugar. Durante años había patrocinado caballos ganadores en competiciones ecuestres. Ahora, a punto de cumplir ochenta años, no sólo exhibía sino que también era el propietario y criador de algunos de los *warmblood* más famosos y exquisitos de todo el país. Eran caballos extraordinarios, con más medallas a su haber de las que Sally podía contar, y personalidades tan individuales y únicas como su belleza y su destreza. Sally adoraba pasar tiempo con ellos, con todos y cada uno de ellos, no sólo con los tres por cuyo adiestramiento le pagaban. Era verdad que necesitaba los ingresos adicionales que

le procuraba venir todas las mañanas, y trabajar junto a los mozos de cuadra de los Pierson. Pero también lo era que habría sido capaz de hacerlo todo sin cobrar.

Los neumáticos crujieron en la nieve cuando se acercó con el todoterreno hasta el establo y se detuvo. Había llegado temprano, y Frederick no llegaría antes de media hora. Aquello le iba como anillo al dedo. Le daría la oportunidad de ver a la yegua *Sunrise* y comprobar cómo evolucionaba su pata. El día anterior se había ocupado de ella. Era de esperar que ahora se estuviera recuperando.

Sally bajó del jeep y se dirigió a grandes zancadas a las puertas del establo.

Dios, qué frío hacía. Una vez en el interior, se frotó las manos enguantadas para darse calor. Oyó a los caballos relinchando apenas y moviéndose en las caballerizas.

Lo primero era lo primero. *Sunrise*.

Se dirigió a la casilla de la yegua y le acarició el cuello a manera de saludo. El pelaje de *Sunrise* era de un bello color castaño con regias marcas blancas y ojos oscuros y expresivos. La yegua, cariñosa y afectuosa por naturaleza, respondió a las caricias de Sally con un movimiento de la cola y un amistoso acercamiento del hocico, aunque Sally observó que todavía sufría de cierta rigidez. Frunció el ceño y la examinó. En efecto, aquella pata delantera derecha le estaba provocando serias molestias.

Sally acababa de arrodillarse junto a la yegua para mirar más detenidamente cuando oyó voces que venían del otro lado del establo. Voces de hombres.

—... no es un simple lío. Es un delito. Una bomba que está a punto de estallarnos en toda la cara. —Era Frederick, el hijo mayor de Edward Pierson y compañero de paseo de Sally por las mañanas. Evidentemente, había llegado. Y sonaba furioso—. Al diablo con la lealtad.

—Eso lo decido yo, no tú. —Sally supo que aquella respuesta glacial la había pronunciado el patriarca en persona. Después de setenta y nueve turbulentos años y un reciente infarto, Edward Pierson no era menos formidable de lo que lo había sido en su juventud—. Tú no te metas en esto, Frederick. Yo me ocuparé de ello.

—¿Cómo? ¿Pagándole a la gente adecuada para deshacerte del problema? No dará resultado. No esta vez, maldita sea. Padre, tienes que sacar la cabeza del agujero donde la has metido. Es una bala perdida. Y está destinada a dispararse. Y cuando eso ocurra, será nuestra empresa, nuestras vidas las que queden hechas añicos.

—No seas tan melodramático. Sé lo que hago.

—Estupendo. Entonces, dime de qué se trata. Háblame de los planes que tienes para él, y sobre ese asesor que se está forrando con nuestro dinero. Todo el entramado. Tengo derecho a saberlo. Soy el director general de Pierson & Company.

—Y yo soy su presidente —respondió Edward, sin vacilar—. Hasta el día que muera. Lo cual significa que tú eres responsable ante mí, y no al revés.

—¿Cómo olvidarlo! Si me lo recuerdas cada día. Ahora déjame recordarte a ti que me he roto el culo durante treinta años para llegar a donde hemos llegado.

—Vale, pero fue *mi* culo el que fundó esta empresa hace cincuenta años. Tú todavía coleccionabas cromos de baseball.

—Sí, y ahora consigo beneficios históricos. No puedo seguir haciéndolo si alguien socava mi trabajo. Es evidente que tienes planes. ¿De qué se trata?

—Ya sabes todo lo que tienes que saber.

Frederick aspiró con fuerza.

—En otras palabras, me quedo al margen y el hijo de puta se queda en Pierson.

—Exactamente.

—No, nada de exactamente. Esta discusión no ha acabado —dijo Frederick, y sonaba como si estuviera a punto de perder la paciencia—. No perdamos más tiempo. Sally llegará en cualquier momento. Saldremos a pasear. Después, me voy al despacho. Tengo una reunión a las diez y media. Tú y yo hablaremos de esto más tarde.

Era lo último que Sally deseaba oír.

Después de haberse dado cuenta hacía rato de que era una conversación que no debería haber escuchado, estaba a punto de escabullirse de la casilla de *Sunrise* y salir sin que se dieran cuenta.

Pero aquello no ocurriría.

De pronto entró Frederick murmurando algo acerca de «leerle la cartilla», y casi se dio de bruces con Sally cuando ésta estaba saliendo de la casilla de *Sunrise*.

—Sally. —Frederick la cogió por el brazo para evitar que cayera, arqueando sus cejas entrecanas con gesto de sorpresa. La mandíbula le temblaba y unas manchas rojas oscuras le teñían las mejillas, una muestra vívida de la discusión que acababa de producirse. Sin embargo, al verla, su expresión se suavizó un poco, aunque con un dejo de cautela—. No sabía que estabas aquí. ¿Te encuentras bien?

—Acabo de llegar. Y estoy bien —le aseguró ella. En realidad, se sentía tensa y algo inhibida. No sólo había oído el intercambio de duras palabras entre padre e hijo, palabras que daban a entender que algo raro estaba ocurriendo en Pierson & Company, sino que la habían descubierto rondando por la puerta como una espía.

Ay, por el amor de Dios, tenía que dejar de pensar como la mujer de un poli. Aquello no era un episodio de la serie *Ley y Orden: Acción Criminal*, sino una grave metedura de pata. Frederick la esperaba. Salían a cabalgar juntos dos veces por semana. Por desgracia, en esta ocasión había llegado más temprano que de costumbre y en un momento inoportuno. Nada grave. En cuanto a la discusión de la que había sido testigo, fuera quien fuera el empleado de Pierson que se estaba pasando de la raya con el apoyo de Edward, no era asunto suyo.

Era el momento de relajar la tensión y dar un toque de ligereza a la conversación.

Decidió coger el toro por los cuernos y se echó hacia atrás la capucha del anorak para poder ver bien a Frederick, y para que él pudiera verla a ella.

—Discúlpame por mi intrusión —dijo, queriendo hacerse la inocente—. He llegado unos minutos más temprano. Hoy he venido en el todoterreno: hace demasiado frío para caminar, incluso para mí. Lamento haber interrumpido tu reunión.

—¡Reunión! —repiteó Frederick, con ademán seco—. Vaya manera de llamarlo.

—Dicho con tacto. —Sally no veía ningún sentido en fingir que no entendía lo que quería decir—. La verdad es que yo también discuto con mis padres. Ellos tienen buenas intenciones, pero no siempre vemos las cosas de la misma manera. Aún así, cuando las cosas se ponen feas, ahí está la familia para protegerla a una. Así que no te olvides de eso. Ah, y sal a correr un par de kilómetros. Hace maravillas para quitarse la rabia de encima.

—Correr no es precisamente lo mío.

—Supongo que no. —Sally pensó que, salvo los momentos en que salía a cabalgar con Frederick, jamás lo había visto vestido con algo que no fueran un traje convencional y un abrigo de cachemir.

—O racquetball —sugirió, con alguna esperanza.

Frederick soltó una risa apagada, visiblemente más relajado.

—Nada de eso. El trabajo. Unas cuantas horas en el despacho y habré olvidado que perdí los estribos.

Con una mueca, Sally se apartó el pelo color miel por detrás de la oreja.

—Si tú lo dices.

—Pareces un poco escéptica.

—No debería serlo. Considerando el éxito que tienes tú, debes ser un apasionado de tu trabajo.

—Aunque eso no tenga nada que ver con la naturaleza.

—Todos somos diferentes —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Yo soy una entusiasta de la naturaleza. Tú lo eres de los negocios. El mundo nos necesita a los dos.

—Otra vez, con mucho tacto. Siempre toda una dama. —Frederick se hablaba a sí mismo tanto como a ella. Era un hombre de aspecto rudo, con rasgos marcados, pelo entrecano y una complejión robusta. No guapo, pero sí carismático, en un sentido muy definido. Todo un partido: rico, poderoso y razonablemente atractivo, por no decir disponible. Tenía cincuenta y ocho años y se había quedado viudo hacía dos. Y a pesar de que lo habían sorprendido y tomado fotos de él en varias ocasiones con aquella guapa abogado rubia que trabajaba para Pierson cogida del brazo, nunca había escondido su interés por Sally.

En los últimos meses había empezado a dedicar más tiempo a la granja, y se reunía con Sally para aquellos paseos matutinos. Ella había empezado a disfrutar de su compañía, y se había sorprendido a sí misma respondiendo a sus insinuaciones. Había pasado demasiado tiempo. En algún momento, tendría que dejar ir el pasado.

Como si le leyera el pensamiento, Frederick le preguntó:

—¿Tienes planes para este fin de semana?

—Nada especial. ¿Por qué?

Él frunció los labios y en su cara asomó una expresión pensativa.

—Uno de mis grandes proveedores tiene una cabaña en las Adirondacks, en el lago Luzerne. Había pensado viajar hasta allá porque necesito un poco de tiempo para despejarme la cabeza. Me encantaría compartir esos días contigo.

Vale, cuando Frederick había dicho fin de semana, quería decir *todo* el fin de semana. Decididamente, ella no estaba preparada para eso. Y de todos los lugares posibles, tenía que elegir el lago Luzerne. Dios mío, aquello le traía muchos recuerdos.

—Gracias, pero creo que pasaré —contestó Sally.

—¿Pasas de mí o del fin de semana?

—Del fin de semana —dijo Sally, aspirando hondo—. Verás, Frederick, disfruto mucho de tu compañía. Pero si me pides que salgamos, preferiría empezar por algo sin complicaciones, como una cena. Todo un fin de semana es un poco demasiado.

—Eres de una sinceridad apabullante —dijo él, con un dejo de ironía divertida—. De acuerdo. Volveré a empezar desde el principio. Mi proveedor tiene una cabaña de dos habitaciones en el lago Luzerne. Disfrutaría de la compañía de una amiga inteligente y guapa que goza con la naturaleza tanto como yo gozo en las reuniones de dirección. Quizá pueda enseñarme a relajarme, y quizás entretanto podamos conocernos mejor. Tanto o tan poco como ella quiera —añadió sin rodeos.

Sally se ablandó ante esas palabras, y revisó mentalmente sus limitaciones.

—No puedo partir hasta después de las tres del viernes.

—Desde luego que no. La escuela infantil donde trabajas acaba a las tres.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—Por lo visto, has hecho tus deberes. Estoy impresionada.

—Bien, entonces ven conmigo.

Sally empezaba a disfrutar con el baile, y sus ojos de color ave-llana parpadearon.

—No tan rápido. ¿Qué pasa con los caballos de los que tengo que ocuparme? ¿Quién se encargará de ellos?

—Tenemos un equipo de mozos y entrenadores cualificados. Creo que ellos pueden ocuparse. Además, este fin de semana vendrá mi sobrino, Blake. Él se asegurará de que los caballos disfruten de un cuidado casi tan experto y con tantos mimos y atenciones como tú les das. Incluso mandaré a alguien para que se encargue de alimentar y vigilar a tus animales. ¿Hay alguna otra cosa?

—En realidad, sí. *Scamp*.

—¿*Scamp*?

—Mi grifón de Bruselas. Mi perro —aclaró, cuando vio la expresión de asombro de Frederick—. No se puede quedar solo. Y no se adapta bien a la presencia de extraños. Tendré que ocuparme de eso por separado.

—Ésa sí que no cuela. —Con una sonrisa irónica, Frederick derribó la última condición de Sally—. Sobre todo porque sé que tu hija Devon es veterinaria. Y que la institución a la que está afiliada es una mezcla de hospital Mount Sinai y Club Med para mascotas.

—No está sólo afiliada a Creature Comforts & Clinic —corrigió Sally, con un brillo de orgullo en la mirada—. No desde principios de enero. Ahora es socio menor, la más joven de la institución. —Al darse cuenta de lo jactanciosa que parecía, Sally acabó con un comentario para disculparse—. Lo siento, es un arrebato de orgullo materno.

—No te disculpes. Son noticias excelentes. Y todo un logro. No he olvidado que cuando mi familia compró esta granja a los Wilson, una de las razones por las que pediste conservar tu trabajo adiestrando a los caballos era para ganar algún dinero extra. Según recuerdo, tú y tu ex queríais pagar la universidad de tu hija, en

la facultad de veterinaria de Cornell. Ya veo que los esfuerzos han valido la pena. Tienes una hija notable. Pero, claro, ella tiene una madre notable.

Sally aceptó el cumplido con una sonrisa.

—Me siento halagada —dijo.

—¿Lo bastante halagada para venir conmigo el fin de semana? Hasta estoy dispuesto a cambiar mis planes por ti. Tenía la intención de partir el jueves, pero esperaré encantado un día, sólo para gozar de tu compañía.

—En realidad, no tendrás por qué esperar. Acabo de recordar que la escuela está cerrada este viernes porque están reparando la calefacción.

—Si eso no es obra del destino, ¿qué es? —inquirió Frederick, visiblemente contento—. Entonces, quedamos así. Partimos el jueves, después de que acabes en la escuela.

Sally se ablandó otro poco.

—¿Dos habitaciones? —preguntó, como recalcando.

—Con un cuarto de baño de por medio. También hay un paisaje espectacular y unos senderos preciosos para salir a caminar. Te diré qué haremos. Incluso me atreveré a ir a patinar sobre el hielo. Pero nada de esquí de fondo. Tan valiente no soy.

—De acuerdo, pero no sabes lo que te pierdes. —Con un arrebato espontáneo de entusiasmo, Sally decidió lanzarse a por todas. Un fin de semana en la montaña. Una ocasión para reemplazar antiguos recuerdos por otros nuevos. Tenía que intentarlo—. Suena justo como lo que necesito. Tendré el equipaje hecho y estaré lista a las cuatro.

—Vale, tenemos un plan.

Capítulo 2

Devon Montgomery se quitó su bata blanca y la colgó mientras se frotaba la nuca. Hablando de agotamiento. Su jornada había durado doce horas, tras dos operaciones quirúrgicas no previstas y una visita de urgencia a un gatito blanquinegro de un mes de edad, llamado *Marble*, que padecía de una infección del tracto urinario.

Había sido tanto el ajetreo en Creature Comforts & Clinic ese día, que la fiesta con que se iba a celebrar la promoción de Devon a socio menor había caído en el olvido. Cuando llegó el momento y alguien recordó los refrescos que el personal del despacho había preparado en la sala de reuniones, la tarta helada se había derretido hasta quedar hecha una sopa y el café se había convertido en un líquido barroso.

No importaba. En lugar de una fiesta, Devon había vivido la alegría de salvar la vida de un setter irlandés, había devuelto a una carolina su capacidad de vuelo, diagnosticado la infección de *Marble*, y le había prescrito unos cuantos medicamentos antes de dejarlo en brazos de la pequeña Amy Green, su agradecida dueña de cinco años.

Ninguna fiesta podía compararse con eso.

Sin embargo, ahora las cosas se habían calmado. El flujo de adrenalina que le había permitido mantenerse activa durante el día de pronto se detuvo bruscamente. Vino el cansancio. Y sus preocupaciones personales pasaron a primer plano.

Sin pensarlo demasiado, se dirigió a las instalaciones de alojamiento de animales de la clínica para ver a *Scamp*, que su madre había pasado a dejar temprano por la mañana. Lo encontró en buen estado y contento, jugueteando en la sala canina con una de las técnicas de la sala, gastando la energía sobrante. No tenía nada de sorprendente. Sandy Adams, la técnica de turno que jugaba con *Scamp*, era una de sus conocidas preferidas, así que el perro se lo estaba pasando en grande.

Sin embargo, no era *Scamp* el que ocupaba los pensamientos de Devon. Era su dueña.

Jo, Mamá, ¿qué pasa contigo?, musitó para sí, mientras recorría los pasillos de Creature Comforts & Clinic. *¿Por qué te has prestado a esta huída del fin de semana? ¿Y si las cosas te van tan bien como dices, por qué esa manera tan rara de actuar?*

Algo parecía fuera de lugar.

Devon frunció el ceño mientras volvía a su despacho. Sus pasos resonaron en el suelo de baldosas cuando pasó por las salas de consulta. Costaba creer que hacía sólo unas horas, con sus maullidos y ladridos, aquel lugar bullera de actividad. En ese momento, a las nueve de la noche, en las instalaciones generales de la clínica reinaba el silencio. Desde luego, en otras zonas del complejo, no ocurría lo mismo. El ala de hospitalización de alta tecnología echaba chispas, a la hora en que los veterinarios hacían su ronda para visitar a los pacientes y administrarles sus medicamentos. Aneja a la clínica se levantaban las instalaciones de alojamiento y recuperación, que abarcaban varias hectáreas de los terrenos de la clínica. Allí, el personal cualificado se encargaba de la rutina nocturna de los animales y los acomodaban para pasar la noche, mientras otros técnicos se encargaban de devolverles a los ejecutivos que venían a última hora a recoger a las mascotas que habían dejado en el centro de acogida para perros durante el día. En cuanto al centro de adiestramiento, la actividad había cesado y no habría más entrenamientos para domesticar a las mascotas hasta el día siguiente.

Devon se sentía orgullosa de aquel lugar. Orgullosa de que el *New York Times* la hubiera proclamado una de las empresas más prometedoras en el campo de las nuevas empresas en el condado de

Westchester. Estaba todavía más orgullosa de que hubieran descrito la clínica como un lugar «impresionante, que dispone de unos cuidados médicos y entrenamiento de primera categoría, con excelentes instalaciones de alojamiento».

Y, sobre todo, Devon estaba orgullosa de ser la socia menor más joven en una institución que seleccionaba a su personal entre lo mejor de lo mejor.

Llegó a su nuevo despacho en un rincón de la gran sala y lanzó una breve mirada a la placa dorada: DEVON MONTGOMERY, MÉDICO VETERINARIA, para recordarse que aquel espacio tan deseado era, en realidad, suyo. Entró y se dejó caer en la silla detrás de la mesa de cerezo. Se soltó el pasador con que se sujetaba el largo pelo castaño de tonos dorados y dejó que le cayera sobre los hombros. Se mesó el cabello con gesto de impaciencia, dejó ir la cabeza contra el respaldo de la silla y empezó a masajearse las sienes. Hablando de sufrir estrés.

Miró su reloj. Era la hora de cenar en Los Ángeles.

Desde luego, eso no significaba absolutamente nada. Podría encontrarse en cualquier lugar del mundo.

Cogió el teléfono, marcó el número de un móvil y esperó a que se estableciera la llamada.

—Hola, Dev. —Lane, su hermano de treinta y dos años, respondió al tercer timbrazo. Sonaba cansado, pero no sorprendido—. Estoy en casa. Aquí, sin moverme, en la vieja y segura ciudad de Los Ángeles. Así que si llamas para saber de mí, ya puedes dejar de preocuparte. ¿Qué ocurre? ¿Estás de guardia esta noche y no hay actividad?

—Para empezar, hola —respondió ella—. Dios mío, estos teléfonos que identifican la llamada le quitan toda la emoción a un teléfono cuando suena.

—Es la tecnología, ya ves.

Devon sonrió, con esa sensación habitual de tranquilidad que tenía cada vez que oía la voz de su hermano. Lane era un reportero gráfico con muchas glorias en su haber, que viajaba por el mundo cumpliendo peligrosas tareas y en misiones que provocaban en ella una terrible aprehensión. También era verdad que Lane había

heredado ese gusto de su padre por vivir al borde del peligro. Para los dos, el peligro y la emoción eran sinónimos.

Su madre era todo lo contrario.

A Devon le correspondía un lugar intermedio.

—¿Dev?

—Estoy aquí. Y, para responder a tu pregunta, no, no estoy de guardia esta noche. Sólo que me he quedado un rato en la clínica. Y tú estás que apenas puedes respirar. ¿Por qué? ¿He llamado en un momento inoportuno?

Él respondió con una risilla.

—No. Si fuera un momento inoportuno, dejaría que respondiera el contestador. Estaba haciendo ejercicios. Ha sido un día y un vuelo largos. Estaba en Hawai tomando fotos del volcán de Kilauea. El cráter del Pu'u O'o es impresionante. En fin, he llegado hace un par de horas y necesitaba relajarme un poco. —Siguió una pausa—. Vale, basta de cuentos. ¿Qué ocurre?

A Devon no le sorprendió en lo más mínimo que Lane hubiera intuido rápidamente su estado de ánimo. Su hermano leía en ella como en un libro abierto, tal como ella lo hacía en él. Cuando Lane se había mudado a Los Ángeles cinco años antes, ella había quedado destrozada. Lo echaba profundamente a faltar. Lo mismo le ocurría al resto de la familia, y nunca dejaban pasar la oportunidad de culpabilizarlo por ello. Pobre Lane. No tenía ni la más mínima posibilidad. Volvería a la costa este antes de que tuviera tiempo de asentarse en California.

Y era verdad, porque los Montgomery eran una familia muy unida.

Era la razón por la que Devon se estaba volviendo loca.

—*Scamp* está aquí —anunció—. Mamá lo ha dejado a dormir hasta el lunes. Se ha ido a pasar un fin de semana largo.

—Me parece bien. Necesita un poco de diversión. Dime, ¿cuál es el problema?

—No se ha ido sola.

—Repito, ¿cuál es el problema?

—¿Acaso tengo que deletrearlo? Mamá se ha ido con un hombre.

Lane dejó escapar un suspiro.

—Sí, Dev, esa parte ya la he entendido. De modo que, como de costumbre, se trata de Mamá y Papá y la reconciliación que nunca se producirá y que tú te has inventado. Chica, han pasado quince años. ¿No piensas renunciar algún día?

—No puedo. Todavía se quieren.

—No te lo discuto. Pero el divorcio no es el resultado de una falta de amor. Es el resultado de que no pueden vivir casados. Y eso no ha cambiado.

Devon respondió con un mohín.

—Papá nunca sale con mujeres.

—No tiene por que. Está casado con su trabajo. En cuanto a las mujeres, lo más probable es que consiga toda la acción que se le antoja cuando va a esos encuentros de fin de semana con sus viejos colegas de la comisaría.

—Lane. —Devon protestó por aquella insinuación y rechazó la imagen que invocaba.

—Venga, Dev —insistió su hermano con tono de impaciencia. —Papá no ha ido de abstinente por la vida todos estos años.

—Eso no significa que me tengas que hacer un dibujo.

—Yo sólo digo lo que hay. Papá tiene cincuenta y cuatro años, es un hombre sano y está físicamente impecable, sin hablar del hecho de que es detective privado y antiguo inspector del Departamento de Policía de Nueva York, lo que para algunas mujeres es un gran incentivo. En cuanto a Mamá, cuando acabó su matrimonio, era una mujer, según los testimonios de todos mis amigos de diecisiete años vapuleados por las hormonas, joven y excitante. Todavía tiene un aspecto magnífico. ¿Crees de verdad que ha vivido como una monja?

—No —contraatacó Devon—. Desde luego que no. Pero nunca ha tenido sentimientos por nadie como para salir con él un fin de semana. Y no era sólo eso. Era su manera de comportarse cuando vino a dejar a *Scamp*. Demasiado exuberante, demasiado efusiva. No es el estilo de Mamá. Era como si se estuviera obligando a parecer entusiasmada.

—Es probable que temiera que tú le leyeras la cartilla.

—O quizás intentaba convencerse de que era una decisión acertada.

—Puede que hayan sido los nervios. Como tú misma dices, no es el tipo de cosas que Mamá esté acostumbrada a hacer. Además, ella sabía que te vería a ti si pasaba a dejar a *Scamp*... y que te hablaría del cuándo y el dónde. Hablando de conductas vergonzosas, espero que no hayas invadido su privacidad. —Siguió una pausa—. Por cierto, ¿de quién estamos hablando?

A pesar de su aprehensión, a Devon se le torcieron los labios en una mueca irónica.

—¿Qué decías a propósito de invadir su privacidad?

—Vale, yo también me siento protector con ella —reconoció Lane—. ¿De quién se trata?

—Frederick Pierson. El de Pierson & Company. Al parecer, se han hecho amigos en la granja.

—Espero que Mamá no se haya equivocado de liga —gruñó Lane—. No es precisamente una mujer de la *jet-set*.

—Pues, no, no lo es. —Devon volvió a sentir esa punzada—. Hablando del cuándo y el dónde, hay más. Se la ha llevado al lago Luzerne.

—¿Bromeas? —Esta vez Lane sonaba francamente desconcertado—. ¿Te dijo por qué?

—Se lo pregunté. Ella se desentendió de la pregunta, dijo que sólo era una coincidencia. Al parecer, un amigo de Frederick Pierson tiene una cabaña allá arriba.

—Me da igual si tiene un refugio de lujo. Frederick Pierson puede permitirse pagar una cabaña en cualquier lugar del mundo. Pero ¿en el lago Luzerne? Mamá siempre evita mencionar ese lugar. Yo habría dicho que no se habría prestado por ningún motivo tratándose de su primer... primer... como le quieras llamar a este fin de semana.

—A decir verdad —dijo Devon, suspirando—, creo que ha ido allí deliberadamente. Quiere demostrarse algo a sí misma, sacarse a Papá del sistema. Y no funcionará.

—No se lo habrás contado a Papá, ¿no?

—No, pero he estado tentada de hacerlo.

—Entonces, no se lo cuentes. Si Mamá quiere que lo sepa, se lo dirá ella misma.

—Estoy preocupada por ella, Lane.

—Chica, es una mujer mayor, ¿no crees? Y nosotros somos los hijos, no los padres.

—Ya lo sé —convino Devon con voz queda—. Pero no estoy contenta. Hay algo que me inquieta.

A Sally le ocurría algo muy parecido.

El viaje había sido fugazmente bello. Y dolorosamente familiar. Aquella tarde de finales de invierno había sido perfecta en todo sentido, incluyendo una puesta de sol deslumbrante. La rústica cabaña era adorable, con una enorme chimenea de piedra, cómodos sofás, una cocina y cuartos de baño modernos y dos acogedoras habitaciones. La conversación había sido agradable. Los arreglos para dormir no habían sufrido cambios, al menos no esa primera noche.

Sin embargo, los recuerdos eran casi demasiado insoportables.

Tendida en la cama, Sally se preguntaba si aquellas emociones que la desgarraban eran más visibles para Frederick de lo que ella creía. Él se había vuelto cada vez más callado y pensativo a medida que caía la noche y, después de una copa breve al final de la cena, la había besado ligeramente en la boca y se había retirado a su habitación.

Quizá todo aquello fuera un error. Quizás era demasiado pronto para el lago Luzerne. Quizá siempre sería demasiado pronto.

Se acomodó de lado y deseó que la vida no fuera tan complicada, que las respuestas fueran tan claras como ella las había pensado cuando era una mujer más joven e ingenua, una mujer que creía que el amor era capaz de vencer todos los obstáculos.

Eso no era verdad.

Al cabo de unas horas dándose vueltas y moviéndose, y al cabo de otras tantas horas de sueño ligero, Sally dejó la cama. Estaba acostumbrada a levantarse como las gallinas, y aquel día no era una excepción.

Los carámbanos que vio al mirar por la ventana le advirtieron que no debía engañarse con la relativa calidez que reinaba en la bañera con calefacción. Afuera hacía un frío polar. Pero ella había venido preparada. Se puso ropa interior térmica, un jersey de tejido micropolar, pantalones de esquí alpino y botas de montañismo impermeables. Luego fue a la cocina y preparó una cafetera. Se sirvió una taza y salió al porche, protegido por una rejilla.

El mundo estaba en silencio. Era la hora de respirar aire puro y pensar.

Y recordar.

Miró hacia el paisaje montañoso cubierto de nieve, y le vinieron a la mente un cúmulo de recuerdos a propósito de las vacaciones de invierno en el lago Luzerne. Recordó a Lane aprendiendo a esquiar, progresando poco a poco, desde su titubeante comienzo en el monte de los novatos hasta su dominio absoluto, cuando se lanzaba a toda velocidad por las pistas del circuito. Devon y su patinaje sobre hielo, girando en el estanque, intentando enseñar a unos cuantos perros del lugar a imitarla, ayudándolos a utilizar sus patas como patines. Y la pequeña Meredith, bajando los cerros en trineo con su padre sin parar de chillar de emoción. Y luego, su primer muñeco de nieve, también con la ayuda de su padre.

Pete Montgomery era el centro del universo de aquellos chicos.

Y del universo de Sally.

Quien quiera que hubiese inventado eso de *los polos opuestos se atraen* debió de haber estado pensando en ellos. Una chica acostumbrada a la vida al aire libre, de una familia hogareña y protegida, y un poli de Brooklyn, duro y atrevido, tan atado a su profesión que era imposible saber dónde acababa el poli y dónde empezaba el hombre.

Se habían conocido en un bar-rotisería de Brooklyn. Sally acababa de salir de sus clases vespertinas. Pete había acabado su turno en la Comisaría Setenta y cinco del Departamento de Policía de Nueva York y volvía a casa. Los dos se habían detenido a tomar un café y se conocieron en la barra. Dos horas más tarde, estaban sentados en un reservado y seguían charlando. En parte, era una fascinación mutua, y en parte también era atracción sexual. El resto era

un misterio. Fuera lo que fuera, la combinación fue suficiente para conducirlos al altar cuatro meses más tarde, y para engendrar y adorar luego a tres maravillosos hijos.

Y, ¡ay!, como había amado a Pete. Tanto como para congelar su carrera de maestra de escuela de primaria y aplazarla cuando Lane no tardó en llegar. Tanto como para renunciar a sus sueños de una gran cabaña de piedra en el campo, un establo lleno de caballos que ella enseñaría a montar a sus hijos, y muchas hectáreas para poder hacerlo. En su lugar, se instalaron en una casa pareada en Queens, debido al horario caótico de Pete.

Suficiente para reemplazar los viejos sueños por otros nuevos.

Todas esas cosas que ella sabía hacer.

Sin embargo, ¿cuántas noches se había dedicado a pasearse por la diminuta habitación en su casa de Little Neck, rezando para que Pete volviera a casa sano y salvo? ¿Cuántos días se había sentado junto a la ventana del salón pensando en los peligros a los que él se enfrentaba mientras trabajaba en la división de homicidios o de narcóticos? ¿Cuántos reportajes había visto en las noticias sobre polis que caían abatidos en las calles de Brooklyn, sintiendo que moría por dentro porque estaba segura de que esta vez era él?

Había llegado hasta el punto de que cada vez que sonaba el timbre o el teléfono, se preparaba, con el corazón acelerado, aterrada ante la idea de que era *la* llamada, aquella que arrancarían para siempre a Pete de su lado.

Había que aceptarlo, pero ella no estaba hecha para ser la mujer de un inspector de policía. Y los chicos, oh Dios, los chicos. ¿Qué les estaba haciendo aquel estilo de vida? Lane empezaba a parecerse peligrosamente a su padre, un chico temerario que se crecía ante el peligro y que no perdía la calma ante nada. Devon veneraba el suelo que pisaba su padre, estaba pendiente de cada una de sus palabras, con los ojos muy abiertos cada vez que él le contaba historias sacadas de su trabajo de poli, unas historias que hacían encogerse de miedo a Sally. Meredith, la menor, era la hija de su madre. Meredith deseaba tener una casa de verdad, con un pony, y una escuela con árboles y césped donde jugar, en lugar de un terreno de juego vallado y asfaltado.

Y luego vinieron las discusiones. Aquello destrozó la vida de los hijos. Ellos querían a su padre y a su madre. Ver lo que sucedía entre ellos aportó un nuevo grado de tensión a la vida familiar.

Todo aquello era demasiado.

Al final, Sally se quebró y puso fin al matrimonio.

Pero ¿a qué precio?

Bebió un trago largo de café y reaccionó con una mueca de dolor ante el líquido caliente que le quemó la boca. Ya estaba bien de recuerdos. Había llegado el momento de desprenderse de su energía emocional.

Volvió a entrar en la cabaña, donde seguía reinando un silencio absoluto. Al fin y al cabo, eran sólo las siete. El sol comenzaba a asomar. Era una hora en la que difícilmente vería a Frederick levantado y ocupado en algo durante un fin de semana de descanso. Lo dejaría dormir. Decidió que daría un breve paseo y que volvería antes de las ocho. Él ni se daría cuenta de que había salido.

Se puso su anorak de pluma de oca y sus guantes térmicos y salió.

El Mercedes negro S500 de Frederick, un sedán de alta gama, estaba aparcado en la entrada recubierta de una placa de hielo. Era el modelo que conducían todos los ejecutivos de Pierson & Company, un coche decididamente frívolo, pero también el tipo de símbolo de riqueza que lo significaba todo para Edward Pierson.

A cada cual lo suyo, pensó Sally. A sus ojos, la belleza del paisaje que se extendía más allá del sedán era mucho más entrañable que cualquier coche. Era la naturaleza en su mejor y milagrosa versión.

Miró a su alrededor y respiró unas cuantas bocanadas de aire fresco de la montaña, disfrutando el silencio del amanecer. Se sentía tentada de coger el sendero de Dude Ranch y caminar hasta el lago George, pero eso le llevaría demasiado tiempo. En su lugar, caminaría hasta el pueblo del lago Luzerne. Haría una parada en las cascadas de Rockwell, un paisaje sobrecogedor en su majestuoso salto hacia el Hudson, daría un paseo por unas cuantas calles y volvería a la cabaña.

Empezó a caminar enérgicamente por la nieve en polvo.

Media hora más tarde, un coche abandonó el camino comarcal que llevaba a la cabaña y se adentró en un hueco oculto por la maleza seca y las ramas congeladas. El zumbido del motor se fue apagando. El conductor bajó, miró hacia el camino de la entrada que subía e identificó la pequeña y pintoresca cabaña en lo alto del cerro.

Se iba a producir una sorpresa nada grata.

Eran justo después de las ocho cuando Sally volvió a la cabaña. Se sentía revigorizada. La sangre le latía en las venas y tenía el rostro encendido. Sus endorfinas también habían echado una mano, y ahora se sentía llena de una energía y un optimismo renovados. Un nuevo comienzo. Una nueva decisión.

Se detuvo en la puerta de la entrada y se sacudió la nieve que todavía tenía adherida a las botas. Sonrió al pensar en la reacción de Frederick cuando se despertara y viera un suculento desayuno casero.

Abrió la puerta, dio un paso hacia el interior... y se detuvo como fulminada por un rayo.

El perchero de hierro forjado estaba tirado en el suelo de la sala y creaba una barrera entre ese espacio y el vestíbulo. Había ropa gruesa esparcida por todas partes.

Más allá, Frederick yacía de espaldas en el suelo, y un hilillo de sangre le manaba de la frente.

No se movía.

—Oh, Dios mío. —Sally pasó por encima del desorden y se arrojó junto a Frederick. Le cogió la muñeca en busca del pulso—. ¡Frederick! ¿Estás...?

No alcanzó a acabar la frase.

Un ligero movimiento a sus espaldas, y antes de que pudiera reaccionar, algo pesado y sólido la golpeó en la nuca.

Sintió unas astillas de dolor por toda la cabeza, y se derrumbó en el suelo.

Volvió en sí cuando comenzó a toser. Se estaba ahogando y no podía evitarlo, hasta que empezó a sacudirse con los espasmos. Los ojos le quemaban hasta que no pudo aguantarlo más.

Se incorporó a medias bruscamente, intentando mitigar el ahogo, sintiendo que unas hojas afiladas le rebanaban la cabeza. Sus dedos dieron con un bulto grande al mismo tiempo que se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo.

La cabaña estaba ardiendo.

Las llamas ya se habían apoderado de las cortinas y las lengüetas de fuego se desplazaban por la habitación, devorando la cabaña en un tiempo récord.

Frederick.

Sally se arrastró hasta llegar junto a él, gritó su nombre y lo sacudió con todas sus fuerzas. No hubo reacción. Le cogió la muñeca y luego el cuello para sentir el pulso. Nada. Desesperada, le abrió la bata y apoyó la oreja contra su pecho. Ni un solo latido. Y toda esa sangre que seguía manando abundantemente de la enorme herida en la cabeza hasta dejar un charco a su lado. Por debajo de la herida, Sally vio que la cabeza había sido salvajemente golpeada. Frederick tenía los ojos abiertos e inertes.

Dios mío, pensó Sally. Estaba muerto.

Una viga de madera se precipitó al suelo con un estruendo y las chispas le cayeron cerca.

Logró ponerse de pie a duras penas, empezó a marearse y se sintió al borde del desmayo. Había tanto humo en el interior de la cabaña que casi no podía respirar, y tampoco sabía dónde estaba la salida. Si no salía de allí en ese momento, sería demasiado tarde.

Se volvió y cogió a Frederick por una pierna, intentando desesperadamente arrastrarlo hacia fuera, pero no consiguió ni moverlo. Sally luchaba con su propia conciencia, enferma ante la sola idea de lo inhumano que era abandonarlo ahí hasta que se quedara hecho cenizas. Pero tenía que rendirse al sentido común. Frederick había muerto, y ella tenía que salvarse.

Se levantó el anorak hasta taparse la boca, se puso la capucha de un tirón y dio unos cuantos pasos inciertos hacia la puerta. La abrió de un golpe con el puño enguantado.

Una ráfaga de aire frío le dio en toda la cara al salir tambaleándose; sus piernas cedieron hasta hacerla caer de rodillas en la nieve. La cabeza le latía con un dolor horrible, pero no se atrevió a abandonarse a la necesidad de dejarse caer. Moriría de hipotermia o devorada por las llamas. Además, no tenía ni idea de a dónde había ido el hijo de puta que había hecho aquello. Todavía existía una posibilidad de que volviera para asegurarse de que había cumplido su misión.

Tenía que salir de ahí, y salir ya.

Se levantó como pudo y se alejó de la cabaña haciendo esos.